



Sergio Romano  
*Atlante delle crisi mondiali. Dalla Guerra  
Fredda ai conflitti moderni: conoscere il  
passato per capire il presente*  
Milano, Bur-Rizzoli, 2019, 286 pp.

El autor de este trabajo, Sergio Romano, ha sido embajador, profesor y actualmente ejerce de periodista e historiador. Tras numerosas investigaciones y publicaciones, a través de las cuales se ha cualificado como un reputado estudioso, ha presentado esta nueva publicación en la que lleva a cabo una extensa lectura del pasado reciente, y menos reciente, útil para entender lo que está ocurriendo hoy en día a nivel internacional. Como historiador se ha ocupado prevalentemente de la historia italiana y francesa durante los siglos XIX y XX. Con esta obra el autor ha publicado un ensayo realista que se caracteriza por la ambición de dar respuestas a las relaciones entre las naciones en esta época, que él califica de desorden. La presente publicación se puede enmarcar dentro de la corriente de la escuela de la Historia Global (*Global History*), que parte de una perspectiva global, intentando de esta forma superar las visiones nacionales y regionales para tener una mirada más amplia. Al mismo tiempo puede colocarse entre la producción de atlas históricos y geopolíticos promovidos por institutos y editoriales científicas de humanidades y de ciencias sociales que están aumentando cualitativa y numéricamente en los últimos años en el ámbito italiano. Romano introduce su ensayo afirmando que cada crisis internacional tiene su lógica, su originalidad y al mismo tiempo su absurdidad. Para trazar este mapa de las principales crisis del mundo contemporáneo el trabajo está organizado en cinco bloques en los que, partiendo del ocaso del mundo bipolar, recorre las situaciones de Oriente Próximo, del Lejano Oriente, de América y del devenir de la Unión Europea. A su vez cada apartado está compuesto por varios capítulos que enfocan una temática específica acercando la complejidad de los eventos históricos incluso a un lector profano.

El primer bloque comienza trazando entre el mes de octubre de 1989 y el de diciembre de 1991 la franja de tiempo en la que concluye la que el autor denomina Tercera Guerra Mundial. Los efectos más importantes tuvieron mayor repercusión en el bloque perdedor, es decir, el del Pacto de Varsovia, pero incluso dentro del mismo, dependiendo de la composición nacional-religiosa, hubo diferencias. Los estados más homogéneos recuperaron el equilibrio político y económico, gracias también, a la experiencia de mercado y democrática que habían experimentado antes de la ocupación soviética. Ocurrió algo diferente en los denominados países multinacionales como Yugoslavia, la Unión Soviética y Checoslovaquia. La reacción del bloque europeo occidental y de los Estados Unidos en un primer momento fue de preocupación ante su disolución y, en un segundo momento, la de favorecer la autodeterminación de los pueblos. En el segundo caso intervinieron también consideraciones de oportunismo político como las de Alemania y la Santa Sede, interesadas en establecer relaciones privilegiadas con Croacia y Eslovenia. La diferencia que encuentra el autor es que Hans-Dietrich Genscher, que fue ministro de exteriores alemán solo hasta 1992, no tuvo que hacer frente a las consecuencias de su política yugoslava; mientras que el papa Juan Pablo II tuvo que enfrentarse a los efectos de una posición que no había gustado ni a Belgrado ni a Moscú (p. 33). El historiador evidencia la manera en la que la OTAN, creada para contrastar las ambiciones soviéticas, debería haber sido reconfigurada. La ocasión se presentó con la crisis de los Balcanes, pero la Unión Europea fue incapaz de organizar una intervención militar sin la ayuda de la OTAN, y esto hizo que los EE. UU. aprovecharan para atribuir a la organización nuevas responsabilidades y misiones. Desde entonces, según Sergio Romano, «la OTAN es el instrumento a través del cual Washington se sirve para evitar que la integración económico-monetaria de la Unión Europea se transforme en un unión político-militar. En estas circunstancias, la OTAN sigue garantizando la legitimidad política y europea de guerras estadounidenses que no sirven a nuestros intereses» (p. 26). Opina además que el esnobismo historiográfico de Occidente ha llevado a desinteresarse por lo que acaece a algunos pueblos, de tal forma que sus guerras y revoluciones son vistas con desdén desde lo alto como unas especies de caricaturas de la historia «aristocrática» (p. 36). Eventos como la independencia del Kosovo no hacen sino estimular el apetito de los pequeños jefes independentistas. Por ello Romano pone como ejemplos los casos de Cataluña y Escocia; y, en una época en la que los estados europeos siguen cediendo cuotas importantes de su soberanía a organismos internacionales, es curioso ver proliferar entidades menores que solicitan banderas, escudos y claramente un escaño en la ONU. El final de la Guerra Fría ha contribuido a acelerar el proceso de globalización. Tras la crisis de las economías de tipo estatista y dirigista muchos países se han volcado con fervor en el libre mercado con sus luces y sombras.

El segundo bloque se titula «El gran juego medio oriental» y parte de la toma de conciencia, por parte de Francia y Reino Unido, de que había fallado su esperanza de acompañar a los Estados que habían estado bajo su tutela, inspirándose en criterios de organización occidentales. El autor evidencia que cuanto más demostraban los gobiernos laicos del mundo árabe su incapacidad de satisfacer las necesidades y las ambiciones de la población, más crecía la influencia de la Hermandad Musulmana. A medida que los códigos occidentales parecían fallar en su construcción de un Estado moderno, el Corán aparecía como la única solución. Dentro del desorden de Oriente Medio, Romano se ocupa de la intervención soviética en Afganistán; de la vieja cuestión del conflicto entre Palestina e Israel, que el autor considera originarse en parte a raíz de la Declaración de Balfour; de la situación iraní; de la guerra de Siria; y de la época del auge del terrorismo como fenómeno internacional. Romano afirma que «no hay ninguna zona en el mundo en la que haya una mayor concentración de guerras, conflictos civiles, terrorismo, crisis de regímenes y transiciones político-constitucionales. Al mismo tiempo no hay ningún país de la región en el que no haya, detrás de la crisis internacional que los ve protagonistas, una crisis de Estado» (pp. 82-83). Incluso el Estado de Israel, según el autor, esconde una crisis causada por una serie de contradicciones internas: es un Estado «identitario» en el que hay un problema demográfico. La curva de natalidad de los árabes es muy superior a la de los hebreos, y esto se añade a la respuesta insuficiente que han tenido sus llamadas de retorno de la Diáspora. Respecto a la situación siria, el autor considera que hasta que se esclarezcan los efectos de la guerra, y no pudiendo tomar por ciertos los balances de las partes contendientes, habrá que esperar. Lo que se puede destacar, en esta Siria, que en su opinión se asemeja a la Europa de la Guerra de los Treinta Años (p. 103), es: la amenaza por parte del ISIS a la Turquía de Erdogan, el cual, esperando obtener algún beneficio de la revuelta sunita contra el régimen de Assad, ha visto el despertar de los curdos y ha sufrido sangüinarios atentados por parte de los islamistas radicales; y el importante rol que ha adquirido la Rusia de Putin, que está creando junto a Irán y Turquía una nueva Triple Entente. A la hora de afrontar el nebuloso tema del terrorismo, debido a la infinidad de definiciones que existen del mismo, Sergio Romano distingue entre el terrorismo político y el terrorismo causado por fanatismo religioso. En el primer caso el objetivo debe de ser concreto y algunos medios son preferibles a otros, pues de ello depende el consenso. En el segundo caso, del terrorismo islamista, la vaguedad de los fines favorece la crueldad de las acciones (pp. 109-110). En el caso sirio se han combatido al mismo tiempo diferentes guerras, además de la de Assad, contra el terrorismo del ISIS; la del régimen contra sus rebeldes internos; la de las potencias suníes contra Assad y sus aliados chiíes, libaneses e iraníes; la de EE. UU. y sus aliados contra Assad; y la de Rusia contra el ISIS, pero sobre todo contra los enemigos de Assad. El historiador afirma que solo con los archivos de

los servicios secretos, siempre que se permita algún día el acceso a los estudiosos, se podrá saber lo que ocurrió de verdad y cuántas veces los presuntos enemigos del ISIS han cerrado los ojos para que pudiera seguir combatiendo al adversario (p. 113).

El tercer bloque es el más breve y se ocupa de analizar de qué forma la mundialización de la economía ha sido también el resultado de un proceso ya evidente durante los años 70, cuando algunos países asiáticos, conocidos como las «Tigres Asiáticas», imitaron a Japón y se introdujeron en la economía mundial. A partir de 1978 China comenzó una serie de grandes reformas que dieron como primer resultado un aumento del PIB del diez por ciento.

El cuarto bloque trata sobre las dos Américas y el historiador comienza desde la promulgación de la Constitución estadounidense explicando cómo nació la que él llama una «monarquía republicana» (p. 163). A finales del siglo XIX con la guerra de Cuba y de Filipinas Romano afirma que los Estados Unidos revolucionarios y antibritánicos del Boston Tea Party de 1773 se hicieron imperiales. El primer presidente de este nuevo imperio se llamaba Theodore Roosevelt e inauguró una política agresiva e intervencionista hacia Asia y hacia el resto del continente. Los demás países de América los trata en un capítulo titulado «El continente de los caudillos». En él traza tres fases a través de las cuales ha pasado Hispanoamérica: una primera de regímenes militares en los años 70, a menudo siervos de los Estados Unidos; siguió otra entre los 80 y los 90 en la que los militares fueron sustituidos por personalidades del mundo civil, que conjuraron el viento económico favorable con sistemas democráticos; y la tercera llegó cuando la inflación comenzó a amenazar y a caracterizar a muchas economías nacionales trayendo a un nuevo tipo de izquierda que veía en el Fondo Monetario Internacional al principal enemigo (p. 179). Uno de los primeros fue Hugo Chávez, seguido por Evo Morales, Rafael Correa y Luiz Inácio Lula da Silva, entre otros. El protagonista de los eventos iberoamericanos, según el autor, es a menudo el caudillo y para trazar las características de este se apoya en el texto de Ludovico Incisa di Camerana de 1994 titulado *I Caudillos. Biografía di un continente*. Para Camerana el caudillo es un líder popular, capaz de encender las esperanzas de las masas en un particular momento histórico y protagonizar el papel del mesías laico de forma eficaz.

El quinto y último bloque se centra en Europa y en la Unión Europea, y comienza con un *excursus* sobre la identidad europea y el riesgo de que sea utilizada con fines políticos. Según el autor, quien hace referencia a la Europa cristiana, suele querer excluir al islam y a la laicidad; hablar de Europa judeo-cristiana en cambio puede intentar relativizar el rol de las Iglesias cristianas en la historia; hacer referencia al Sacro Imperio Romano puede querer dejar al margen a los países que no pueden reivindicar tal ascendencia. Por ello Romano sugiere abandonar estos criterios para afrontar la cuestión desde una perspectiva diferente (p. 194). La guerra ha sido una extraordinaria fábrica de identidades y de sentimientos

nacionales, pero este factor unitario también puede dividir. La realidad para el autor es que la historia de la idea de Europa es la de aquellas personalidades que han trabajado para crear una unión de Estados europeos (p. 204). En este bloque se ocupa también de la evolución del Estado premoderno al moderno y la aparición del fenómeno del nacionalismo y más recientemente del populismo.

El trabajo se cierra con un pequeño epílogo en el que comparte con el lector algunas impresiones sobre sus primeros viajes por Europa, en los que se dio cuenta de que tras el final de la guerra no había habido vencedores, sino que todos los europeos habían sido vencidos. Siendo aparentemente de carácter ensayístico, pues carece de bibliografía y de un cuerpo de notas a pie de página, el texto demuestra el rigor de su autor, por ejemplo, en los momentos en los que hace referencia a estudiosos del calibre de François Furet, Raymond Aron o Leopoldo Nuti, entre otros.

Juan M. de Lara Vázquez  
Università degli Studi di Catania  
juandelara91@gmail.com